

## **Hacia un modelo psicológico integrador: La psicología imaginal de los arquetipos.**

**M. Teresa Rodríguez Álvarez**

**Otoño 2008**

Todas las psicologías se basan en modelos explícitos o implícitos de la naturaleza humana. Del reconocimiento y acentuación de dimensiones específicas de dicha naturaleza surge una psicología específica que tiende a percibir e interpretar todo comportamiento y experiencia de manera selectiva, a partir de esa perspectiva. Por ejemplo, el psicoanálisis y el conductismo tienen puntos de vista muy diferentes sobre la determinación del comportamiento. Para el psicoanálisis los determinantes que importan son las fuerzas intrapsíquicas, mientras que los conductistas insisten en el papel del reforzamiento proveniente del medio.

Cualquier modelo tiende a ser autovalidante; pero en los modelos psicológicos este efecto se magnifica debido a la naturaleza compleja de la determinación del comportamiento. Cualquier comportamiento está multideterminado, es decir, es el resultado de muchos factores diferentes; inversamente cualquier factor particular de motivación, tiende a intervenir en la determinación de la mayoría o de todos los comportamientos. Entonces, lo más probable es que cualquiera que busque una motivación determinada, la encuentre. Tanto el analista freudiano que busca como primer motivador la libido sexual, como el adleriano que lo busca en la lucha por el poder y la superioridad, o el conductista que persigue los reforzamientos ambientales, todos tendrán, muy probablemente éxito en su búsqueda.

Normalmente, ha existido y existe un gran antagonismo entre las escuelas psicológicas, que sostienen diferentes modelos de comprensión de la naturaleza humana; siendo muy acaloradas las discusiones entre ellas, afirmándose cada una, en que su camino es el único posible. Sin embargo, un enfoque más amplio, lleva a pensar que por lo menos algunos modelos pueden ser complementarios, y cabe esperar que una actitud lo bastante amplia y libre de prejuicios, pueda abarcar e integrar muchos de los modelos principales. No es necesario que un modelo tenga que reemplazar ni poner en tela de juicio la validez de los otros, sino que los sitúe en el marco de un contexto expandido de la naturaleza humana y que sean aplicados en el nivel correspondiente del desarrollo de la conciencia donde ese modelo se encuentra.

Los principales modelos de la psicología occidental (conductismo, y psicoanálisis), se han mostrado limitados en su reconocimiento de unas posibilidades de desarrollo psicológico más elevado y han descuidado datos de importancia para un estudio cabal de la naturaleza humana, como pueden ser los valores, la voluntad, la conciencia, y las motivaciones y comportamientos orientados hacia la autorrealización y la autotrascendencia; e incluso no se ha concedido validez a la posibilidad de alcanzar tales objetivos, por más que las psicologías no occidentales y nuestras tradiciones

filosóficas y religiosas tuvieran detalladas descripciones de los mismos Este descuido ha ido, en ocasiones, acompañado de interpretaciones inadecuadamente reduccionistas y “patologizantes”.

En respuesta a esta limitación, surgió el modelo de la psicología humanista, que se interesa por la persona entera procurando evitar los enfoques parcializados, que reducen la experiencia humana a términos mecanicistas. Los modelos humanistas reconocen el impulso hacia la autorrealización y estudian la manera en que se puede fomentar este impulso en individuos, grupos y organizaciones. Muchas ideas humanistas se incorporaron a las vanguardias en evolución, de una contracultura de amplia aceptación popular.

Abraham Maslow, uno de los principales precursores de la psicología humanista, hacia el final de su vida, llamó la atención sobre posibilidades que iban más allá de la autorrealización y en las cuales el individuo trasciende los límites habituales de la identidad y la experiencia. Y expresó: *“considero que la psicología humanista, la psicología de la tercera fuerza, es un movimiento de transición, una preparación para una cuarta psicología, - superior – a ella , transpersonal, transhumana, centrada en el cosmos más que en las necesidades y los intereses humanos “.*

Así, vemos que cada vez vamos avanzando hacia modelos más amplios y abarcativos. El modelo transpersonal, es hasta el momento, el que integra y trasciende a los anteriores, sin embargo este modelo no es “la Verdad”, sino solamente una pintura más amplia, aunque todavía necesariamente limitada, de la cual cabe suponer que, a su vez, será reemplazada por modelos aún más integradores.

Podríamos decir, que existimos en una frontera entre dos regiones aparentemente distintas dentro del universo conocido; *los reinos de lo real y de lo imaginal*. Para describir esta dicotomía también podríamos recurrir a palabras tales como cuerpo y mente, lo objetivo y lo subjetivo, lo exterior y lo interior etc. Ser conscientes continuamente de uno de los reinos (el real o corporal), en detrimento del otro (el imaginal o mental), suele acarrear un desastre de algún tipo en la vida de la persona, Debemos aprender a mover nuestra intención, siguiendo nuestras órdenes, entre los dos reinos. Debemos reconocer la fuerza de la mente sobre la materia, y debemos reconocer también, la fuerza de la materia sobre la mente. Comprender la división mente/cuerpo, y el punto en el cual nuestra mente inconsciente influye sobre nuestro cuerpo, es el primer secreto de la creatividad.

¿Dónde, cuándo y de qué manera se solapan la consciencia y la física cuántica? El Dr. Wolf dice, que la respuesta consiste específicamente en el “efecto observador”. Según las reglas cuánticas, un sistema no observado, como es un átomo o una partícula subatómica, no existe como partícula “real”, sólo existe como una nube espectral de posibles partículas físicas, que se llaman “estados”, y en general son los atributos todavía no observables de nuestra experiencia propia o de cualquier sistema físico. Estas tendencias o probabilidades, conectan la psicología con la física cuántica.

Esta visión del mundo afirma, que todas las posibilidades existen simultáneamente y que todos los recuerdos posibles del objeto existen también simultáneamente. De este modo, la mente y la materia están entrelazadas en una infinidad de trenzas que surgen todas ellas de un sólo encuentro entre la mente y la materia. Podemos representarnos estos entrelazamientos, como un campo de lombrices congeladas en el terreno del espacio-tiempo del ser. Como se extienden por el tiempo, además de por el espacio, existen en realidad historias múltiples de las relaciones entre el observador y lo observado. Habría como un solapamiento de *líneas de relato que se remontan a los inicios del tiempo y se extienden hasta el final del tiempo*. Podemos imaginarnos estas líneas de relato como unas trenzas de mente y materia que se entretejen a través de la historia de la inteligencia. Estas líneas de relato existen por supuesto, en el cuerpo humano; las vueltas y revueltas de la molécula de ADN son, quizás una manifestación física de las vueltas y revueltas de las líneas de relato.

Llamamos “guiones” a estas líneas de relato cuando se producen dentro de un cuerpo humano. Un guión es una trenza de historias pasadas posibles y de todos los futuros posibles (el futuro existe en el presente a causa de la naturaleza probabilística de estas líneas de relato). Podemos llamar a estos guiones del cuerpo “cuerpo de ensueño”, según el término que propuso por primera vez Arnold Mindell. Este autor, en su trabajo sobre los sueños y el cuerpo, descubrió que las imágenes de los sueños y los síntomas de las enfermedades apuntan tendencias hacia determinados procesos psicofísicos.

Encontramos un paralelismo interesante entre estas “guiones” y una idea que viene de antiguo, pero que C.G.Jung volvió actualizar, que es el concepto de “arquetipo”. La palabra griega *arjé* indica principio, origen; *tipo* deriva de un verbo griego que significa “modelar” y del correspondiente sustantivo que indica una imagen o modelo. Así *arquetipo* significa el modelo a partir del cual se configuran las copias, el patrón subyacente, el punto inicial a partir del cual algo se despliega.

Jung, distinguió entre arquetipos e imágenes arquetípicas. Reconoció que lo que llega a nuestra conciencia son siempre *imágenes arquetípicas* (manifestaciones concretas y particulares que están influidas por factores socioculturales e individuales). Sin embargo, los arquetipos mismos carecen de forma y son irrepresentables, vacíos y carentes, pero podemos visualizarlos a través de sus efectos, es decir, las imágenes arquetípicas. Dice Hillman, que la dificultad para explicar qué son los arquetipos sugiere que hay algo que les es específico, es decir, tienden a ser metáforas antes que cosas. Nos sentimos menos capaces de decir lo que es un arquetipo literalmente, y más inclinados a describirlo en imágenes. Imaginemos pues, los arquetipos como *los esquemas más profundos del funcionamiento psíquico*, las raíces del alma que condicionan nuestra visión de nosotros mismos y del mundo.

Cuando hablamos de imágenes arquetípicas, no solo nos referimos a imágenes oníricas o a imágenes mitológicas o literarias. En realidad nos referimos a un modo de responder a nuestra vida cotidiana con nuestra imaginación, en vez de hacerlo solo de un modo pragmático y lógico. Estamos hablando de una forma de ser en el mundo, que

está abierta a muchas dimensiones de significados, abierta a resonancias, ecos y conexiones asociativas y sincrónicas, no sólo causales. Estamos hablando del descubrimiento de un mundo que se muestra lleno de significación.

En el principio es la imagen, primero imaginación, luego percepción; primero fantasía luego realidad. O, en palabras de Jung: “*la psique crea la realidad todos los días*”. El hombre es ante todo un hacedor de imágenes, y nuestra sustancia psíquica se compone de imágenes; nuestro ser es un ser imaginal, una existencia en la imaginación. Vivimos en un mundo que no es ni “interior” ni “exterior”; más bien, el mundo psíquico es un mundo imaginal, del mismo modo que la imagen es psique. Paradójicamente, estas imágenes están al mismo tiempo en nosotros, y vivimos en medio de ellas. Experimentamos el mundo psíquico empíricamente dentro de nosotros y sin embargo nos envuelve en imágenes. Sueño y vivo mis sueños dentro de mí, y, sin embargo, al mismo tiempo, me paseo por mis sueños y estoy dentro de ellos

Dado que nuestra materia psíquica es imágenes, hacer imágenes es un camino real para hacer alma. La creación de materia anímica exige soñar, fantasear imaginar. Las imágenes de la fantasía que constituyen la materia y los valores de la psique están estructurados en arquetipos. Estos fluyen hacia motivos determinados, hacia sendas mitológicas. Estos modelos aparecen en los mitos de todo el mundo, así como en la literatura, el arte, las teorías científicas, las doctrinas teológicas y también en nuestros sueños

Así, lo valioso de atender a lo arquetípico radica en que nos lleva a apreciar y nutrir la capacidad humana, espontánea y natural, de responder al mundo no sólo de manera conceptual sino también simbólica. El pensamiento simbólico es asociativo, analógico, con carga afectiva, animista y antropomórfico; es un modo de respuesta al mundo, que puede ayudar a liberarnos de la ilusión de la separación entre lo interior y lo exterior y de la escisión entre sujeto y objeto. Así, arquetípico se refiere a un modo de ver; más que mirar a los arquetipos, miramos a través de ellos.

Cuando nos centramos en *la imagen* arquetípica, vemos claramente que no hay una distinción tajante entre lo personal y lo colectivo, pues la imagen arquetípica señala la articulación donde se encuentra lo interior y lo exterior, lo personal y lo colectivo. Representa la interacción dinámica y continua entre lo consciente y lo inconsciente. Son sentidas como numinosas, mágicas, fascinantes, demoniacas o divinas y lo más importante son sentidas como transformadoras. Jung siempre recalcó que las imágenes arquetípicas están tan conectadas al futuro como al pasado: “*El Yo, no sólo contiene el depósito y la totalidad de toda la vida pasada, sino que también es un punto de arranque, el suelo fértil a partir del cual brotará toda la vida futura.*”

La psicología arquetípica imagina las ideas fundamentales de la psique como expresiones de personas: el Héroe, la Ninfa, La Madre, El Anciano, el Niño, el Embaucador, la Amazona, el adolescente y muchos más prototipos específicos que llevan los nombres y las historias de los dioses. Éstas son las metáforas básicas. Ellas nos sirven de modelos tanto para nuestro pensar como para nuestro sentir y actuar,

confieren a todas nuestras funciones psíquicas (sentir, pensar, percepción e intuición) coherencia interna

La perspectiva arquetípica tiene la ventaja de organizar en grupos o constelaciones una multitud de hechos pertenecientes a diversas áreas de la vida. El arquetipo del héroe, por ejemplo, aparece primero en la *conducta*: la compulsión a actuar, la exploración exterior, la respuesta a los retos... conquistar, dominar, extenderse. Aparece después en las *imágenes* de: Hércules, Aquiles, Sansón (o sus equivalentes cinematográficos), ejecutando sus hazañas correspondientes; y en tercer lugar aparece en un estilo de *conciencia*: con sentimientos de independencia, fuerza y éxitos, en ideas de acción decisiva, de enfrentamiento, de planificación, de virtud, de dominio, y en psicopatologías que giran en torno a la batalla, la masculinidad abrumadora o el pensamiento unilateral. Este ejemplo sirve para mostrar el aspecto *colectivo* de cualquier arquetipo. En primer lugar, por medio de él podemos reunir hechos personales dispersos y descubrir en ellos un sentido y una profundidad que van más allá de nuestros hábitos individuales. En segundo lugar, nos muestra una conexión entre lo que sucede en cualquier psique individual y lo que sucede en todas las personas de todos los lugares y de todas las épocas. Hace posible el entendimiento psicológico en el plano colectivo. “Arquetipo”, dicho de otro modo, significa básicamente “humano”.

Las imágenes arquetípicas nos proporcionan un “autorretrato” de la psique, nos sirven como espejos del yo que nos contemplan desde muchos ángulos, aportando energía y orientación para la continua renovación de la vida. Centrarnos en los arquetipos permite subrayar la importancia que tienen nuestras imágenes para convertirnos en quienes somos. Nuestras vidas son configuradas por nuestros pensamientos y actos y, aun más poderosamente, por nuestra imaginación y por los complejos de carga afectiva con los que respondemos a las personas y acontecimientos con los que diariamente nos encontramos. **No soy sólo lo que he pensado**, como proponía Descartes, **ni lo que he hecho**, como pretenden los existencialistas, **sino también**, como Gastón Bachelard ha mostrado tan poderosamente, **lo que he imaginado y recordado**.